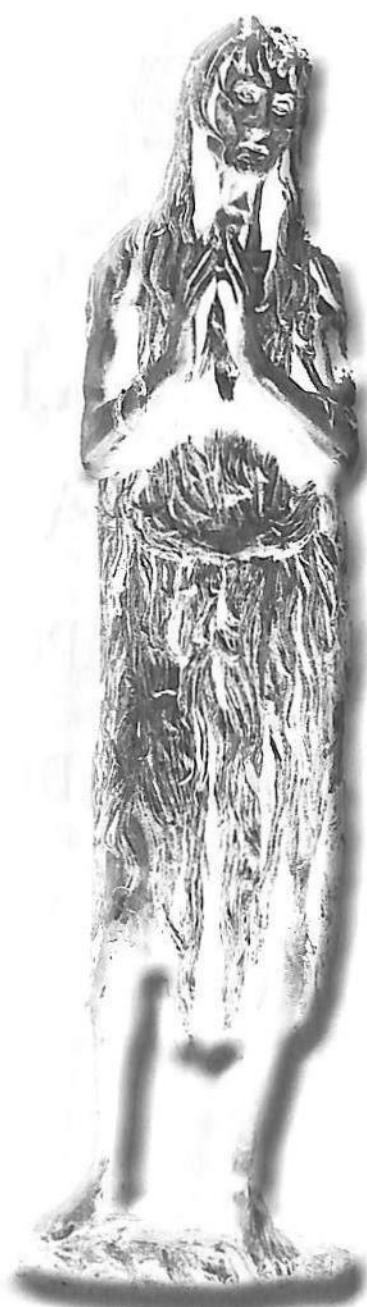




Donatello, *Habacuc*, 1427-1436.



Maria Magdalena, 1454-1456, talla en madera.

COLMENARIO

¿QUÉ ES AQUELLO QUE HACE QUE EL MAL SEA LO QUE ES?

O ACERCA DE LA IMPOSIBILIDAD DE UNA ONTOLOGÍA DEL MAL

Lo presente texto es una breve reflexión meditativa en torno a la noción del mal. La indagación es conducida por la pregunta principal ¿qué es aquello que hace que el mal sea tenido como tal? Advertimos en este transcurso que una meditación acerca del mal requiere inexorablemente del concurso de la noción del bien. Nos preguntamos también por la fuente, o fundamento, en la realidad, del mal, y caemos en la cuenta de que éste no posee una existencia *per se*: adviene al mundo sólo a través del hombre por la vía de su capacidad para valorar. Consideramos que una indagación acerca del mal conlleva necesariamente a una exposición de corte axiológico, debido a que el mal es una invención humana que amanece mediante un acto cualificativo, o mejor dicho, valorativo. Concluimos afirmando que no es posible la construcción de una definición conceptual unitaria acerca del mal, pues el sentido de éste responde más bien a la convención que tiene cada comunidad en cada época.

Cuando intento abordar el tema del mal, mis frágiles estructuras mentales se debilitan más al experimentar la desazón de la impotencia. El tóxico del mal se yergue frente a mis abrumados sentidos, que se nublan ante tal planteamiento. Por principio de cuentas, la voz de la razón enmudece, y el tema del mal adquiere el semblante de un monstruo de muchas cabezas que hieren por donde se les vea. Su aspecto es espantoso e intimidatorio; es como una suerte de lado anverso y oscuro al que todo mundo rehuye. Sin embargo, la vida tiene que vérselas con este lado, del que pese a ser espantoso la multitud abreva, no sin cierta consternación. Todo mundo bebe de este caudal, lo quiera o no; sin embargo, no todos encuentran el dulce sabor de esas aguas; hay quienes el mal les sabe a sal. No obstante, podría afirmarse que el mal es indispensable en el tejido de la trama de la existencia humana; por eso es que toda persona se las ve con él, de una u otra manera.

Existen por lo menos dos dificultades teóricas en toda reflexión acerca del mal. La primera proviene de la insustancialidad esencial del mal; es decir, parece que, el mal no es posible verlo como una cosa, sino como una cualidad o una manera de ser que no puede ser en sí, sino siempre en otro ser. El mal no es un sujeto. En este sentido, es necesario dudar de que pueda construirse una ontología del mal, pues éste tampoco es una sustancia. El mal es una forma que cualifica el ser de algún existente. Malo puede predicarse únicamente acerca de algo o de alguien: algo es lo malo, alguien es malo, alguien hace el mal. De entrada, al mal siempre se le encuentra como cualidad de algún ser; es decir, como forma de ser de algún existente. Por ello es que —retomando la idea aristotélica del ser en otro— puede afirmarse que el mal siempre es en otro ser. El mal es una suerte de adherido que va pegado al costado de algún ente. El mal siempre persiste a costa de otro ser.

La segunda dificultad resulta del dato efectivo del mal: indudablemente hay mal. Ciertamente no existe como un ser en sí, pero existe como forma, y se aprecia en tanto efecto sobre el ser a costa del

cual es, lo cual impone la obligación de fincar un margen entre el mal y otras formas de ser, porque si bien es cierto que el mal es una forma del ser, esto no quiere decir que todo el ser haya de teñirse con las ropas del mal: no todo ser es malo, ni todo el ser es reductible al mal. El planteamiento riguroso puede comprimirse en el siguiente interrogante: ¿qué es lo que propiamente distingue al mal de otras formas de ser?, es decir, ¿qué es lo que permite conferir el adjetivo “mal” a cierta forma del ser?, ¿qué es lo que hace que el mal sea tenido como tal y no como otra cosa?

La indagación acerca del mal nos conduce irremediablemente a una consideración de corte axiológico. Es necesario reiterar las dudas en relación con una ontología del mal, por la simple razón de que el mal no existe en estricto sentido, al menos no existe como ser en sí; es decir, no existe *per se*. Pero al ser objeto de esta reflexión, debemos aceptar que el mal de alguna manera, tiene consecuencias: nos afecta en cierta forma. El hecho de que estemos pensando en el mal, es claro testimonio de que estamos ante un dato inminente. Pero la pregunta acerca del mal no debería ser si éste existe o no; antes bien, hay que interrogar cómo ha sido posible de hecho que el mal haya venido a existir en el mundo.

Si el mal no existe por sí, entonces tiene que haber algo que lo promueva o lo haya provocado; en otras palabras, tiene que haber algo por medio de lo cual ha venido a ser. ¿Cuál es la fuente por la que se aviene el mal al mundo?, ¿cómo es que adviene a la realidad? Puede decirse que el mal ingresa al mundo a través del ser del hombre, en cuanto que únicamente es éste el ser cuya existencia se desenvuelve entre la inexorable necesidad de cualificar lo que le rodea. En cierta manera, el mundo puede considerarse como la circunstancia mayor en que se encuentra envuelto el hombre, que, como decía el promiscuo Heidegger, es esencialmente un ser en el mundo. Sin embargo, el mundo no sólo es una circunstancia; también debe ser entendido como una creación: es una invención del hombre construida cotidianamente por medio de

los actos del hombre. El mundo es una consecuencia del trabajo del hombre. El mundo es una construcción de la praxis. Hay mundo sólo desde que el hombre es, y una dimensión de esta invención es la del comercio con lo otro; o sea, una interacción entre los semejantes, y una interacción también con lo ajeno, a través de valoraciones que son escalas de estimación, a través de las cuales el hombre establece una interacción necesaria con todo su entorno. Uno de los nexos originarios entre el hombre y el hombre, entre el hombre y lo otro, se da con esta necesidad de estimación o valoración. El hombre se relaciona con las cosas no sólo interpretándolas, ni únicamente interpretando el mensaje de los otros; también se relaciona mediante un nexo valorativo.

Puede decirse entonces que el mal encuentra su fuente originaria en la capacidad valorativa del hombre. En este sentido —podría agregarse—, sólo por esta capacidad valorativa, o a causa de esta capacidad de valoración existente en el hombre, es que el mal adviene al mundo, porque sólo a partir de ella es que puede comenzar a hablarse, en estricto sentido, del mal. De manera consecuente se puede afirmar asimismo que el mal, resulta una indudable aportación del hombre mismo a la realidad aunque advenga al mundo por el hombre. El mal por sí mismo, no posee realidad, sino sólo la que le confiere el hombre; o más bien, el mal adquiere realidad gracias al hombre. El mal orbita única y exclusivamente en el mundo del hombre; fuera del hombre o fuera de su mundo, no subsiste el mal, que adquiere semblante real gracias al hombre.

Entonces, el mal adviene al mundo únicamente por el hombre, y constituye un ingrediente eminente en el mundo, que, a su vez, constituye el lugar donde se pone en marcha la trama de la existencia humana. Esta trama existencial está constituida gracias a múltiples factores, entre los cuales destaca la intercalación entre el bien y el mal. Es válido suponer que es la misma naturaleza la que inspira la voluntad humana a persistir en el ser: en la naturaleza se lleva a cabo el seguimiento constan-

te de la voluntad hacia más ser. Por ejemplo, al cortar la corteza de un árbol éste, por sus propios medios, la vuelve a regenerar. Cuando la enfermedad ataca al organismo, la tendencia de la vida es la de buscar más vida, y restablecer la salud. La tendencia de la voluntad consiste en persistir en su ser. El árbol no palidece ante la herida producida; por el contrario, tiende a regenerarse. Cuando un animal sufre una herida, sus mecanismos naturales de defensa detienen el sangrado y sanan la herida. Estos empeños se llevan a cabo, sin más, en el mundo natural, en el que está sembrado el empeño hacia el enriquecimiento del ser, la tendencia hacia más ser.

Sin embargo, en la vida cultural del hombre este empeño se desarrolla de distinta manera. Al ser un ser cultural, el hombre no por ello deja de ser natural, aunque le añada a esta otra dimensión, que viene cifrada en su capacidad de moverse entre alternativas y, por consiguiente, de valorar. Todo acto de valoración es un acto consentido, lo cual quiere decir comunal y racional. La voluntad no opera en el hombre desprovista de la razón; por el contrario, sólo a partir de este binomio puede sustentarse la razón del ser moral del hombre y fundarse la existencia de un ser moral en medio de la naturaleza. Sólo un ser cuya voluntad es conducida por la razón puede poseer la cualidad de ser moral. Estamos de acuerdo con Kant y Nietzsche, en que en esta voluntad se traza la idea del hombre como apertura; como un ser abierto al porvenir que está arrojado al tiempo. Para Nietzsche, al hombre lo define la voluntad de vestir la ropa de un animal capaz de hacer promesas. Y una promesa es lo que no se ha cumplido, pues deja en el suspenso su realización posible en el porvenir. En esta voluntad humana, que ya es sobrenatural, se funda toda pretensión de porvenir y toda intención de futuro; en ella se fundan los ideales y los modelos humanos. Pensemos, por ejemplo, en la idea del bien en Platón o en el sumo bien de Aristóteles, o en "el varón perfecto" como escala ejemplar sugerida por el cristianismo, o en los ideales que propone como

meta la filosofía. Todos encuentran sustento en esta voluntad de ser más.

En cualquier cultura, el anhelo del bien está sustentado en esta voluntad, y generalmente se proyecta como meta cual si fuera la isla más preciada a la otra orilla a la que la barca de la existencia habrá de dirigirse como si esa meta representase el preciado galardón del trayecto. Desde luego, no existe una concepción unitaria del bien; sin embargo, todo ideal de bien es la meta que infunde, de una u otra manera, sentido a la existencia particular de la gente, en tanto que, de cierta manera, representa la meta de la existencia. Éste podría ser el común denominador de las distintas concepciones del bien sustentadas en la voluntad de ser más, y por lo general se coloca como la meta última. Digamos que el bien opera en la existencia por propulsión, pero más aún por atracción.

Sucede, sin embargo, que la existencia está marcada por las vicisitudes, una de las cuales consiste en la inevitable entreveración del bien y el mal. En cierto sentido, la existencia podría definirse como la trama que surge del entrecruzamiento entre el bien y el mal, que propicia, de entrada, una dialéctica o, mejor dicho, una concepción dinámica de la existencia misma, y revela el hilo secreto de la brega que se da a lo largo de la vida. Así, la meta de la existencia es el bien, y todo aquello que atente contra la consecución de dicha meta o la obstaculice es entendido como el mal.

En la gran mayoría de las concepciones filosóficas, incluyendo la nietzscheana, el mal se opone al bien. Sin embargo, el tema no debe ser abordado en blanco y negro. Más que apostar por una oposición entre ambos, se debe considerar un engarce. Tanto el bien como el mal adquieren definición en este juego dialéctico: el mal se define y se identifica con respecto al bien, y éste, a su vez, logra su definición únicamente con respecto al mal. En la repulsión va la implicación que modula el contorno, ya del bien, ya del mal.

Hay que decir, sin embargo, que en esta dialéctica se presenta una situación curiosa: entender el

mal como lo que atenta contra u obstaculiza el bien presenta este contraste como una suerte de repulsa recíproca, porque el mal niega al bien y, a su vez, el bien quiere fincar su lindero con respecto al mal, pero en esta repulsa florece la unidad indisociable entre ambos; es decir, al repelerse realmente se implican; quedan inexorablemente implicados repulsándose en la secuencia de la existencia. Sólo en esta implicación gana cada cual su definición. Se repulsan implicándose o se implican repeliéndose. El mal es la instancia obligada para alcanzar el bien: sin el mal, el bien no representaría en absoluto un ideal o una meta. La existencia está construida en esta trama de repulsa e implicación entre el bien y el mal. La existencia anhela el bien, pero el mal se interpone recurrentemente como una suerte de instancia mediática que reprime y a la vez tienta el deseo de bien. Desde esta óptica, podría definirse a la existencia como un juego en que se intercalan el bien y el mal. Este juego no tiene solución, pues el dinamismo de la existencia descubre en su parte más íntima este engarce discreto. La existencia es el claro donde se juega este juego: esta intercalación entre el bien y el mal que se juega hasta la muerte.

Resulta imposible delinear el rostro del mal sin el concurso del bien; pero habría que decir que el mal adquiere contorno por los límites que le circunscribe su interacción con el bien. Resulta imposible reconocer el mal si no es en el espejo del bien, de donde se sigue que el mal puede ser considerado, en cierto sentido, como símbolo del bien, o, dicho de otro modo, el mal representa el complemento del bien, que, a su vez, es símbolo del mal en tanto que ambos se complementan y dado que el uno está invariablemente al lado del otro. El mal permite delinear el rostro del bien, y viceversa: el bien es la instancia que permite delinear el perfil del mal. Uno es causa remota del otro: el bien del mal, y el mal del bien. De tal manera, la respuesta a la pregunta ¿qué es lo que hace que el mal sea lo que es? puede ser que la definición florece únicamente en el claro en que se limita su engarce con el bien. Tampoco existe, desde luego, una

definición unitaria del mal, y sus concepciones son epocales y espaciales. Sin embargo, independientemente de las épocas, la respuesta que proponemos sigue vigente: lo que permite definir al mal como tal está en el claro en donde se establece su engarce con el bien.

Y así como no hay una sola definición del mal, tampoco hay sólo una del bien. No pretendemos imponer un concepto. Nos hemos limitado únicamente a delinear la configuración íntima del juego entre el bien y el mal, y el nexo irrompible que hay entre ambos en sus recíprocas definiciones. Ambos han de tenerse como invariables, pese a los riesgos teóricos que de ello se deriven, porque es trascendente la idea que alude a la discreta brega entre el bien y el mal en la trama de la existencia, pero también lo es la idea de que el mal, en general, es identificado con lo que mengua al bien.

Y otra idea igualmente subrayable es la noción del mal como símbolo del bien, y viceversa.

No hay un criterio universal que permita definir de manera general el mal. Los distintos sentidos o nociones históricos del mal han obedecido al espacio y el tiempo de las culturas. En este sentido, el criterio con que se define al mal depende de una comunidad en una determinada época.

Si como hemos dicho, todo acto de valoración es un acto comunal y ra-

cional, de ello se desprende que el sentido del mal y el del bien reposa en la imagen del mundo y en la idea del hombre que posea una comunidad determinada. El sentido del mal es relativo, pero no por ello arbitrario, porque ha de atravesar el filtro de una comunidad específica. Como forma de establecer valores y normas morales y sociales, el diálogo no es del todo novedoso, y se practica desde que hay mundo: desde que el hombre es y es capaz de valorar. LC

